

EL RÍO CASCA DESPERTÓ Y EL LODO CONTÓ SU HISTORIA

— & —

EL ROSTRO OCULTO EN LA MONTAÑA

Wilmer Jesús Albino Jamanca



Ediciones IESPP "Huaraz"

EL RÍO CASCA DESPERTÓ Y EL LODO CONTÓ SU HISTORIA & EL ROSTRO OCULTO EN LA MONTAÑA

WILMER JESÚS ALBINO JAMANCA

Autor

Dirección y coordinación editorial

Luis Adolfo Apolín Montes

Diseño y diagramación

Luis Adolfo Apolín Montes

Corrección de estilo

Chávez Castromonte Maribel Edith

Fructuoso Pérez Yanela Ángela

Guerrero Cochachin Shamira Mercedes

Huarac Solís Raúl Félix

Trejo Ángeles Andrés Aníbal

Responsable de edición

Luis Adolfo Apolín Montes

Editado por

Instituto de Educación Superior Pedagógico Público Huaraz

Ediciones IESPP «Huaraz»

Domicilio legal del editor

Av. Las Flores S/N (primera cuadra) Nicrupampa, Independencia

Huaraz, Áncash, Perú

Colección

Literatura regional

Serie interna

Narrativa regional

Código editorial

EIH-LIT-002-2026

Número de catálogo general

005

Primera edición digital

Agosto de 2026

Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú

N.º 2026-09676

Declaración de acceso gratuito

Esta publicación se distribuye de manera completamente gratuita en formato PDF exclusivamente a través de la Biblioteca Digital “Marcos Yauri Montero” del IESPP-“Hz”. Queda prohibida cualquier venta, intercambio comercial o uso que genere lucro directo o indirecto de este material.

Información sobre derechos de autor

Los derechos morales y patrimoniales de las obras corresponden exclusivamente a su autor. Su publicación e incorporación al catálogo editorial se realizan con su autorización expresa, sin que ello implique cesión o transferencia de dichos derechos.

El río Casca despertó y el lodo contó su historia

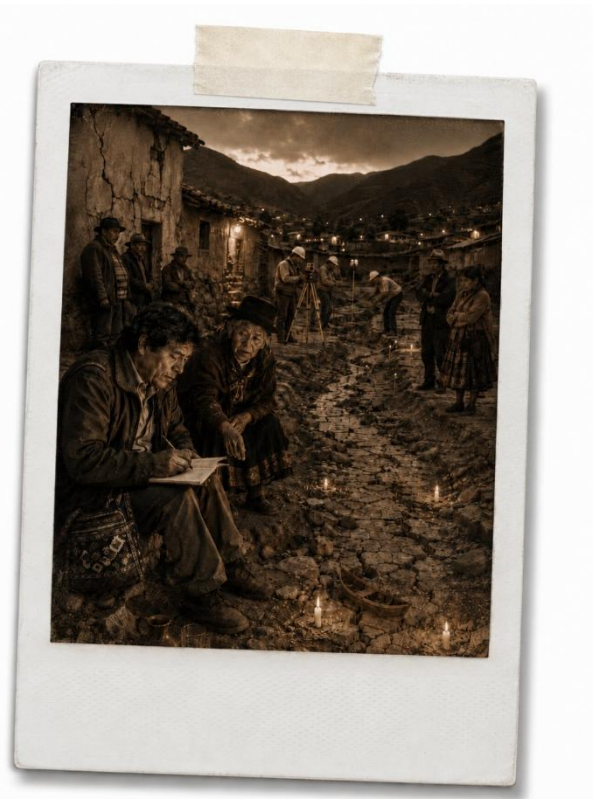


Durante décadas, el río Casca fue solo una cicatriz seca en el corazón del Caserío de Jinua. Crecí escuchando a los ancianos decir que, cuando eran niños, el río hablaba, cantaba, enseñaba. Los mayores juraban que sus aguas podían guardar secretos, y que solo quien lo amara de verdad podía escucharlo. Pero un día calló. Algunos decían que se secó por el clima, otros por el olvido. Nadie se atrevía a decir la verdad. Y yo, con más preguntas que respuestas, terminé despertando lo que dormía bajo el barro.

El silencio del Casca pesaba. En las noches, parecía que el viento arrastraba susurros antiguos sobre el cauce vacío. Las casas cercanas al lecho se llenaban de grietas, como si el pasado quisiera abrirse paso. En la escuela, los libros lo reducían a un accidente geográfico, pero para mí era mucho más: era el alma misma del pueblo. El Casca no era solo agua, era historia líquida, herida que aún respira, voz que duerme bajo la arena esperando ser nombrada.

Mis abuelos contaban que en las fiestas de San Juan el Casca se iluminaba con velas que flotaban sobre sus aguas, llevando deseos escritos en papeles. Decían que en noches de luna llena se escuchaban cantos de mujeres jóvenes desaparecidas en sus orillas, guardianas invisibles del río. Antes, las familias se reunían en sus márgenes para compartir panes de maíz y chicha, y los niños soltaban barquitos de madera para que la corriente los llevara lejos. Todo eso se perdió el día que el agua dejó de correr.

Cierta vez, en una noche sin luna, mi abuela me contó un secreto. Dijo que, en los últimos días del río, ella vio a unos hombres extraños clavar estacas y colocar instrumentos en la tierra. “No eran campesinos”, dijo con voz baja. “Eran ingenieros de la minera, midiendo el alma del río para partirla en pedazos”. Desde entonces, el río comenzó a enfermar: su voz se volvió ronca, su cauce se llenó de fiebre. Y cuando ya no pudo hablar, eligió el silencio como refugio. Me dijo que después de eso, los peces comenzaron a morir, el agua se puso espesa, como con fiebre, y luego desapareció. Al día siguiente, me puse a escribir en mi cuaderno: “El río no se secó, lo secaron”.



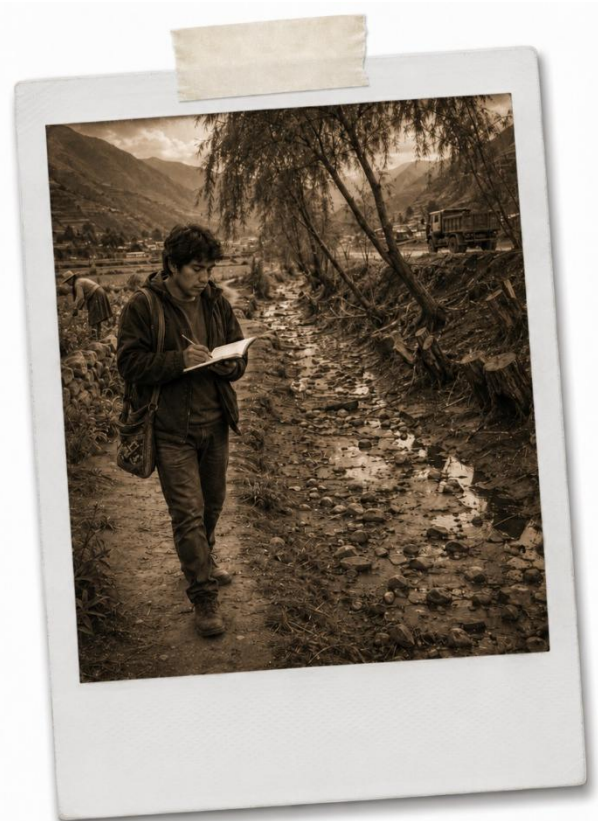
Siempre supe que el río no estaba muerto: solo esperaba que alguien lo escuchara. Desde niño caminé cada mañana por su orilla para ir a la escuela y, ahora que soy estudiante del IESPP, sigo ese mismo camino para llegar a mis clases. Mientras otros van por la carretera, yo prefiero el sendero de tierra paralelo al cauce seco, pasar junto a las piedras gastadas y a los árboles que se inclinan como si quisieran escuchar el murmullo invisible del Casca. Ese trayecto es mi conversación diaria con el río.

He visto cómo los sauces que antes lloraban al borde del agua fueron cortados para hacer espacio a camiones. Cómo los niños dejaron de venir a jugar, por miedo a los alacranes que ahora se esconden en el lodo seco. Pero también he notado que, cuando cae una llovizna fuerte, algunas ranas vuelven a cantar. Cantaban como si el tiempo retrocediera. El aire se llenaba de una música leve, de esas que no se escuchan con los oídos sino con el alma. Era como si el Casca respirara otra vez, y cada gota fuera una palabra que el cielo le dictaba al barro. Como si esperaran que todo volviera a empezar.

Mi madre trabaja la chacra. Me enseñó a sembrar, a cosechar y a cuidar de los animales. Mi padre, campesino de manos fuertes, falleció cuando yo era pequeño. Tal vez por eso siento que mi historia y la del río están unidas, como si él me hablara en silencio. Cuando llueve y cae barro del cerro, me gusta pensar que es él abrazándome desde donde esté.

En mi cuaderno anoto frases que creo escuchar del agua. Algunas parecen versos, otras advertencias. Un día escribí: “Cuando el barro hable, temblará el corazón del valle”. Y entendí que el barro no solo guarda los muertos, también las palabras que aún no se atreven a salir. También anoté: “Lo enterrado no se olvida, solo duerme”. Esas frases me acompañan como oraciones.

En el IESPP, algunos compañeros me llaman “el loco del río”. Pero eso no me detiene. He entrevistado a ancianos, dibujado mapas y buscado



señales en las piedras del cauce. No busco fama, solo respuestas. A veces me siento como un arqueólogo de la memoria, escarbando no huesos sino verdades escondidas.

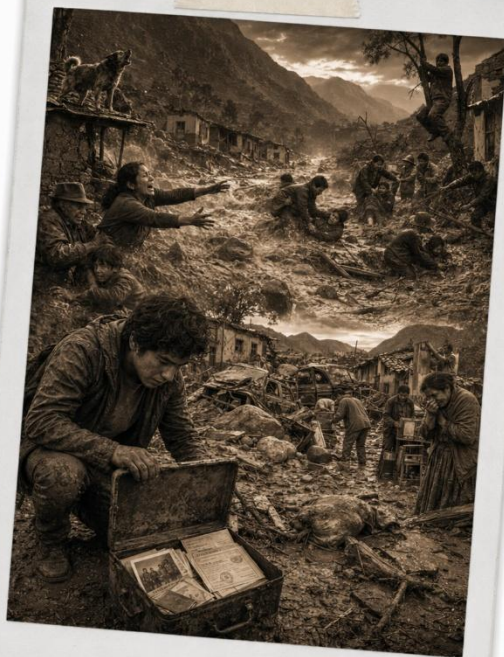
Una noche, tras una tormenta breve pero intensa, escuché un rugido distinto. Venía de la quebrada Bandera. El agua y el lodo bajaban con furia, arrastrando troncos, piedras... y personas. Escuché un grito que me heló la sangre: una madre veía cómo la corriente se llevaba a su bebé. Otros niños y abuelitos fueron alcanzados por la avalancha. El barro golpeaba, giraba, tragaba. El rugido del agua se mezclaba con llantos y pedidos desesperados de auxilio.

Corrí sin pensar. Los pies hundiéndose en la tierra mojada, las manos intentando agarrar a quienes se deslizaban cuesta abajo. Vi a un hombre aferrarse a una rama mientras el agua le arrancaba la camisa. Un perro ladraba desde un tejado medio sumergido. Grité hasta quedarme sin voz. Pero el Casca no escuchaba. O quizás sí, pero no podía detenerse. Ese río no era el que recordaban los viejos: era un río herido, desbordado, vomitando lo que le habían obligado a tragar durante años. Era su manera de hablar después de tanto tiempo: gritar con agua lo que nadie quiso oír.

Al amanecer, el lodo no había llegado a la plaza, pero las casas cercanas al cauce estaban destruidas. Carros aplastados bajo enormes piedras, techos

arrancados, animales muertos flotando entre tablas y ramas. Algunos vecinos lloraban frente a lo que quedaba de sus hogares; otros, con el rostro endurecido, saqueaban lo que podían rescatar: electrodomésticos, herramientas, muebles. El aire olía a barro, madera húmeda y muerte.

Entonces vi algo extraño sobresaliendo del lodo: una caja metálica oxidada. La abrí con cuidado. Dentro había cartas viejas, documentos de la minera y fotos de protestas. Entendí que el río no solo traía destrucción, también traía la verdad que muchos habían querido enterrar. Había firmas de





expropiación, informes con sellos extranjeros, cartas de campesinos pidiendo ayuda. Todos habían sido ignorados. El barro, ahora, los traía de regreso.

No estuve solo. Don Eloy, el historiador del caserío, me ofreció su apoyo. Su casa es como una biblioteca viviente: llena de documentos, mapas y crónicas. Juntos desciframos fechas, nombres, símbolos. Encontramos una línea en un acta antigua que decía: “El cauce será desviado, pero se garantiza el silencio”. Era eso: el silencio comprado, la memoria negociada.

Yiku, la curandera, me preparó infusiones cuando enfermé después de meterme en el barro. “Tienes barro en la sangre, hijo —me dijo—. Eso no es enfermedad, es destino”. Me enseñó a interpretar los sueños con agua. En uno, vi al Casca lleno de peces rojos, y en otro, a mi padre lavándose el rostro con barro. Ella decía que el río me había elegido. A veces sentía su pulso bajo la piel, como si mis venas siguieran el mismo cauce.

Barreto, campesino curtido por el sol, me contó cómo perdió su chacra cuando la minera desvió el agua. “El río llora por lo que le hicieron”, me dijo mirando la corriente turbia. “Pero también sueña con volver”. Me enseñó a leer el terreno, a reconocer los cambios en la tierra. Me dijo: “Donde el río lloró, allí brotarán las flores más rebeldes”.

En la gran asamblea del pueblo, puse sobre la mesa las cartas, fotos y documentos. Sentí las miradas de todos mientras decía: “Esto no es solo mi historia, es la de todos: la de nuestras pérdidas y nuestra dignidad”. Una mujer mayor se levantó y respondió: “Callar nos hizo perderlo todo. Hablar es la única forma de recuperar algo”.

Desde ese día, el barro se convirtió en archivo vivo: cartas de protesta, documentos de expropiación, rostros de desaparecidos. El Casca no solo

traía lodo, traía memoria. El río no solo arrastró árboles: también arrastró culpas, verdades, promesas rotas.

Con el tiempo, el pueblo organizó mingas para limpiar las orillas. Los niños volvieron a jugar en sus márgenes y las mujeres a sembrar junto al agua. El río volvió a ser centro de vida. En las escuelas comenzaron a contar la verdadera historia del Casca, y los más pequeños me preguntaban cómo había sido todo.

Una tarde llevé a unos compañeros del IESPP al puente viejo. Les pedí que cerraran los ojos y escucharan.

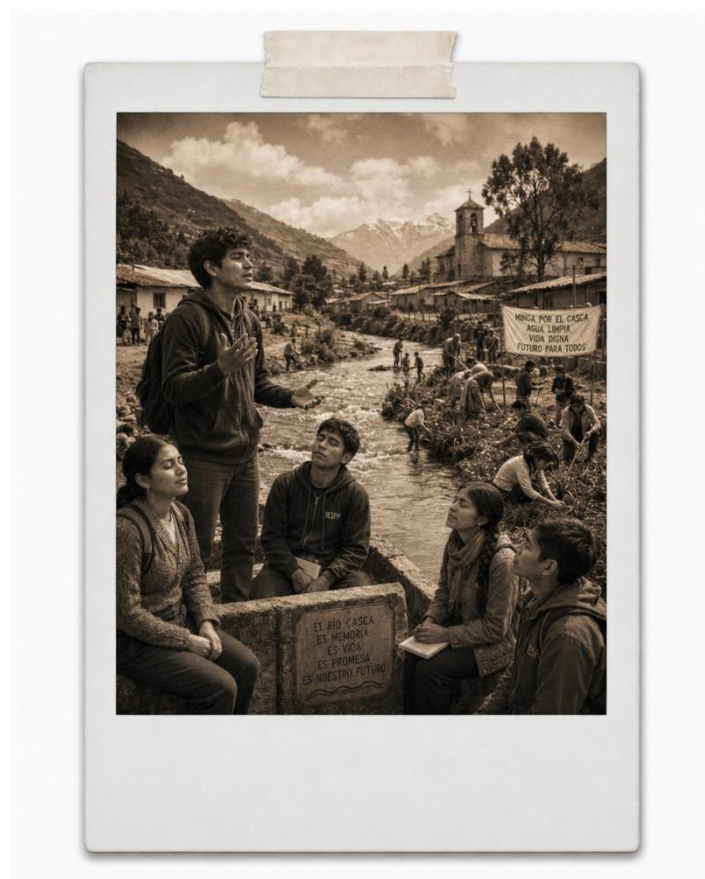
—¿Qué oyen? —pregunté.

—El río —dijo uno.

—¿Y qué dice? —insistí.

—Dice que nunca dejemos de olvidar —respondió una muchacha.

Ese día, bajo el cielo del valle, el agua cantó bajito. Y supe que el Casca había vuelto a respirar, que su canto era promesa y advertencia. Yo entendí que el Casca había vuelto, y que mientras alguien lo escuche, nunca volverá a callar. Porque un río que recuerda, nunca muere.



El rostro oculto en la montaña



Hace mucho tiempo, en el barrio de Cashapucre, perteneciente a la comunidad de Huallacallanca, vivía un joven llamado Francisco Valencia. Era un muchacho tranquilo, trabajador y respetado por su familia. Con el tiempo, en el pueblo también comenzó a ser llamado Juansho Cuchpakanan, un nombre que quedó en la memoria de los habitantes a raíz de una trágica historia ocurrida en el cerro.

En aquellos años, la vida en Huallacallanca era sencilla, marcada por el trabajo del campo y las tradiciones. Una de las celebraciones más importantes era la Navidad, en la que se rendía homenaje al Niño Manuelito. Para esta festividad, las familias se organizaban con anticipación, preparando adornos, arcos y decoraciones hechas con flores de la zona.

Entre esas flores había unas muy especiales que crecían en las partes altas del cerro. Eran difíciles de encontrar y muy apreciadas, por lo que los habitantes de Cashapucre y Huallacallanca competían por conseguir las mejores para la celebración. Esto hacía que, cada año, la búsqueda de estas flores se convirtiera en una tarea importante.

Una madrugada, aproximadamente a las 3:00 a. m., Francisco decidió salir de su casa para buscar dichas flores. El cielo estaba oscuro y el clima anunciaba lluvia, pero aun así emprendió el camino, motivado por ayudar en la festividad. Su madre intentó detenerlo, preocupada por el estado del tiempo y el peligro del cerro, pero Francisco le aseguró que regresaría pronto.

Salió entonces con su linterna y una manta, iniciando el ascenso por los caminos del cerro.

A medida que avanzaba, la lluvia comenzó a intensificarse y el terreno se volvió resbaloso. El viento soplaba con fuerza y la visibilidad era cada vez menor. A pesar de las dificultades, Francisco continuó su camino, confiando en que podría cumplir su objetivo y regresar antes del amanecer.



Sin embargo, las horas pasaron y el joven no volvió a casa. La preocupación creció rápidamente entre sus familiares. Su madre miraba constantemente hacia el camino, esperando verlo regresar, mientras su padre decidió salir a buscarlo. Poco después, vecinos del lugar se unieron a la búsqueda, recorriendo los senderos y quebradas del cerro.

Alrededor de las 10:00 de la mañana, cuando la lluvia había disminuido, el grupo de búsqueda continuó avanzando por las zonas más altas. Llamaban su nombre una y otra vez, pero solo obtenían silencio como respuesta. El cerro parecía no devolver ningún eco.

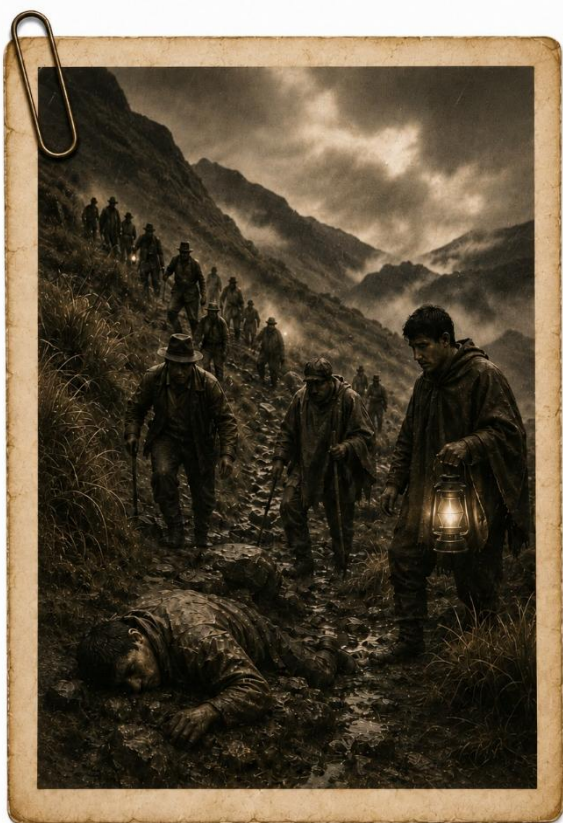
Finalmente, en la parte baja de la montaña, encontraron a Francisco sin vida. Se determinó que habría resbalado debido al barro y la lluvia, cayendo por el cerro hasta el lugar donde fue hallado.

La noticia causó un profundo dolor en la comunidad. El silencio se apoderó del pueblo, y la tristeza acompañó a la familia durante días.

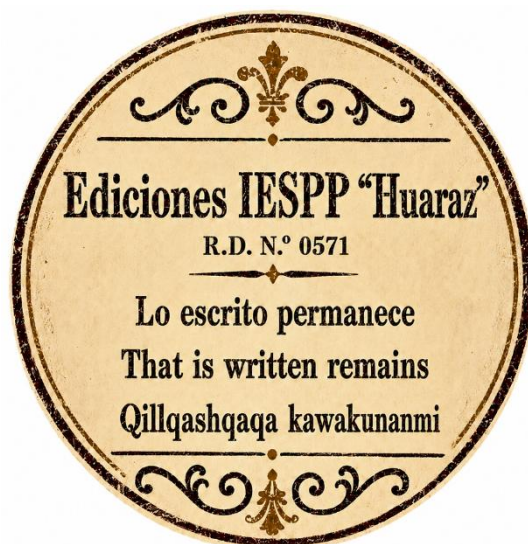
Con el tiempo, comenzaron a surgir relatos entre los pobladores. Algunos afirmaban que, en las noches de lluvia o cuando la neblina cubre el cerro, podía verse la figura de un rostro entre las rocas de la montaña. Otros consideraban que se trataba del viento o de la imaginación, pero aun así evitaban transitar por ese lugar en condiciones difíciles.

Así, la historia de Francisco fue transformándose en una leyenda. Desde entonces, en la comunidad de Huallacallanca, se le recuerda como Juansho Cuchpakanan, y su historia ha pasado de generación en generación.

Hasta hoy, cuando la lluvia cae con fuerza en las madrugadas, algunos pobladores aseguran que el cerro permanece en silencio, como si guardara la memoria de lo ocurrido... y que el rostro oculto en la montaña aún sigue presente.







El río Casca despertó y el lodo contó su historia & El rostro oculto en la montaña

Se terminó de preparar esta edición digital el 15 de agosto de 2026 en Huaraz, con herramientas de software libre.



Ediciones IESPP "Huaraz"